

Lola que era capaz de resistir una tempestad, no resistió á esta prueba: clavaba sus ojos en las manos de su marido y en el reloj, pareciéndole que en cada vuelta de la llave, su marido trituraba una tras otra todas las flores de un ramillete de siete años.

Lola sintió ese traquidito particular de la laringe que precede á la efusion de una lágrima; esta asomó extendiéndose sobre el borde de sus párpados inferiores, y presentando á los ojos de Lola un brillo que si D. Manuel hubiera sabido comprenderlo habria abrazado á su mujer.

Un momento despues D. Manuel torció la llave del quinqué y la habitacion se sumergió de pronto en las tinieblas.

CAPITULO XXIV.

EL APRENDIZ.

A las ocho de una mañana de Diciembre, D. Trinidad Dominguez, maestro herrero, se asomaba á la puerta de su taller dando visible muestra de impaciencia.

Avanzaba hácia la calle algunos pasos, y recorría con la vista lo largo de la calle en una y otra direccion, como en espera de alguno: en seguida volvía á la fragua, y con la paleta y el hierro de atizar removía los carbones y tiraba dos ó tres veces del cordel del fuelle, para tener la lumbre á punto para cuando fuera necesaria.

Hecha esta operacion, volvia á asomarse, y se rascaba la cabeza, manifestando cada vez mas desasosiego.

Despues de mas de media hora de espera, divisó un muchacho que se acercaba corriendo en direccion á él.

—¿Qué hay? le preguntó cuando se hubo acercado.

—Pues nada, dijo el muchacho, D. Catarino no está en la pulquería.

—¿Y los otros?

—De D. Antonio me dijo el diurno que ayer lo hirieron.

—Adios! dijo el herrero, ya ese barrió con los otros á la chinche.

Y el herrero dió una patada en el suelo, y en seguida dijo al muchacho:

—Mira, vé en casa de D. Agapito, y le dices, que si me puede prestar dos oficiales, que yo le ayudaré despues.

Iba á irse el muchacho, cuando el herrero agregó.

—Oye, dile que tengo una obra de compromiso que ya sabe. Oye, que no mas me los preste por hoy, que mañana se los vuelvo, corre!

El muchacho echó á correr.

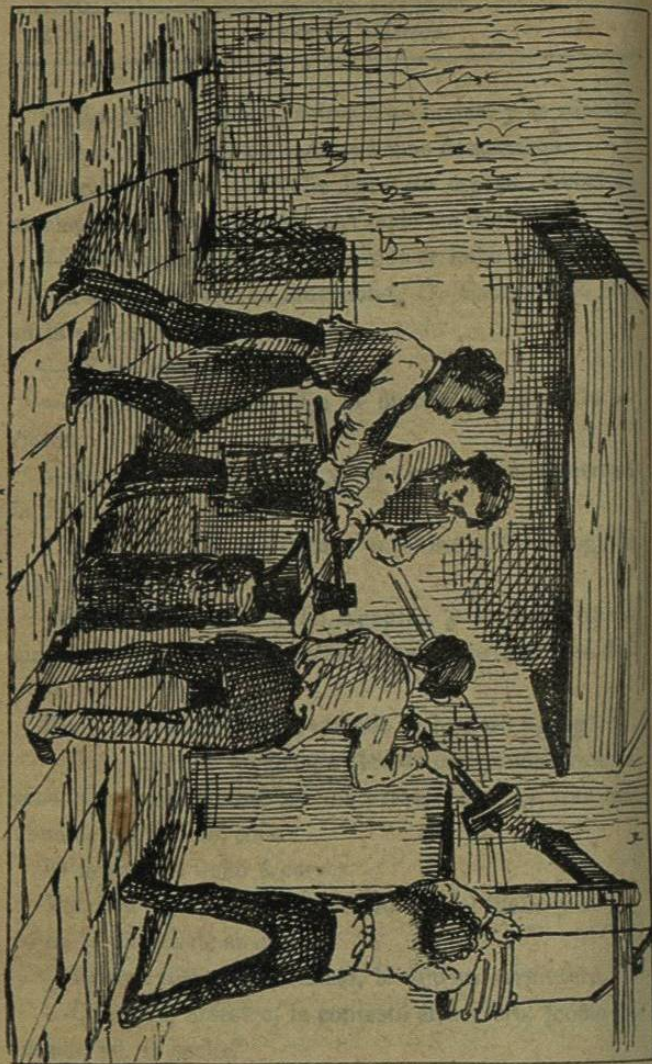
Volvió á tirar el herrero del cordel del fuelle y se paró en la puerta de su casa.

—Buenos dias, D. Trinidad, le dijo un carpintero.

—Qué hay, maestro, le contestó el herrero, ¿cómo ha pasado vd. la noche?

—Bien, bendito sea Dios, y vd?





- Yo aquí dado á los
- Por qué? pues qué ha sucedido?
- Nada, amigo, estos oficiales!
- No han venido?
- No, qué han de venir!
- Ni los muchachos?
- Nadie.
- Pues ahora sí la hizo vd., amigo.
- Qué quiere vd., maestro, si estos artesanos!.....
- Bahl con que lo mismo estoy yo, pues creerá vd. que solo Pablo el de la pierna, ha venido al obrador?
- Vaya si lo creo!
- Ya se sabe amigo, que los lúnes.....
- ¡Malditos lúnes!
- No parece, sino que no tienen todo el santo día del domingo para emborracharse.
- No, si de á tiro la raspan, amigo, y que me canso de decírselos, aquí no hay San Lúnes.
- Y luego, que como dicen vulgarmente, tendrá vd. algun compromiso.
- Pues vd. figúrese, amigo, las rejas del señor licenciado que hace tres semanas que debian haberse acabado, y el sábado vino, y la verdad amigo, tambien uno aunque sea pobre tiene uno vergüenza; no que por unos, pierden todos.
- El pecado del raton, amigo.
- Ahí el señor licenciado vino, y que sí, los artesanos mexicanos por aquí, y los artesanos mexicanos por allí;

y tambien, pues diga vd., uno qué culpa tiene? pues uno tiene que contar con los brazos, y pa qué? pa que le vayan saliendo á uno con que no vienen,

—Y lo peor es que cuando no hay trabajo, es cuando le vienen á uno á pedir y á rogar.

—Y vienen á pedir trabajo el juéves.

—Pues así me sucede, amigo. Y qué, ¿no los ha mandado buscar?

—Ya fué el muchacho.

—Y qué dice?

—Pues dizque hirieron á Antonio.

—Oígal quién es Antonio?

—Adios! pues el turnito; ¿cuál tiene la frazadita parada y el sombrero de petate de esos chicos?

—Ah! el que sacó vd. del hospital.

—El mismo.

—Y ya lo hirieron otra vez?

—Pues ya vd. verá!

—Pues ese si que..... deatiro. Pues un dia lo matan porque creo que es medio maloso él.

—Alabado sea! pues si es de lo bueno. Ahí no me anda sonsacando á los otros, y luego que la negra esa de la Tomasa.....

—La del 8?

—Si, pues ahí no anda con celos de la otra del sar gento!

—Mala gente, señor, mala gente.

—Pues lo que yo me figuré, es que la Tomasa jaló recio el gomingo.

—Vaya! y el lúnes!

—Y la muy..... me ha dejado sin oficiales.

—Si es una muertel! Oíga vd., ¿sabe vd. dónde ha de estar Toribio?

—Dónde?

—Pues ese se va á beber los lúnes hasta la Candelaria.

—Adios.....!

—Por vida de vd. Con que el vaquero que trae las vacas de D. Gabino me lo dijo.

—Pues ese debe saberlo, porque viene por ese rumbo todas las mañanas.

—Vaya, amigo, pues siento los cuidados.

—Gracias, amigo.

—Conque hasta luego, D. Trinidad.

—Hasta luego maestro.

Esta conversacion sirvió para calmar un tanto la inquietud del herrero, quien volvió á atizar los carbones, y á dirigir desconsoladoras miradas á unas varillas de fierro que eran el material del señor licenciado.

Volvió á asomarse á la puerta, y en esta vez no fué el muchacho que se habia ido, sino otro, el que se dirigió á D. Trinidad.

Era un niño como de doce años, y quien en su porte y sus maneras revelaba no pertenecer á la ínfima clase del pueblo.

—Dispense vd., le dijo al herrero: tiene vd. trabajo?

—Trabajo? repitió D. Trinidad.

—Sí, algo en que vo pueda ocuparme.

—Usted..... tú..... trabajo, y de qué clase?

—Es que yo quiero ser herrero.

El herrero vió á aquel niño de piés á cabeza.

—Trabajo! dijo el herrero al cabo de un rato, v luego salen con que se cansan.

—Yo no me canso.

—Eso dicen todos.

—Menos yo, dijo el niño, porque tengo necesidad de mantener á mi padre con el producto de mi trabajo.

—Posqué luego quiere ganar?

—Tan luego como yo sirva de algo.

—Vaya, pues empezarás por *jalar* el fuelle, pero como aprendiz.

A esta sazon llegaron á la herrería el muchacho enviado y los dos oficiales.

—Entren, ¿los manda mi compadre?

—Sí nos manda.

—Pues á trabajar.

—Qué se hace? dijo uno de los oficiales.

—Vamos á armar esas rejas.

Los dos oficiales dirigieron una mirada á las varillas de fierro como cansándose anticipadamente ante la dureza del metal.

—Y á cómo paga? dijo uno.

—Adios, qué no saben, pues á cómo mi compadre?

—Qué dice, vale? le dijo un oficial al otro.

—Pues vamos, contestó el interpelado dejando hácia un lado su frazada.

El maestro tomó una varilla, uno de los oficiales atizó y el nueve aprendiz comenzó á tirar del fuelle.

—*Ontán* los machos? preguntó un oficial.

—Allí, le dijo el maestro.

Y los dos oficiales se proveyeron de su respectivo martillo.

—Y está buena la *cochina*. *

—Con una calda y dos calentones nos vamos viejos, dijo el maestro.

—Allá va, agregó despues de un rato, y sacó del fogn el fierro candente que despedia un vivo resplandor, lo apoyó en la cochina, y los dos oficiales descargaron sus compasados golpes.

Hermosas chispas brotaban del fierro que fué tomando el *rojo*, el color de hormiga, y el de *hígado* gradualmente.

—El calentón, dijo el maestro.

Y volvió á sonar el soplo del *aleribis*, y á desprenderse de la llama azul ese torbellino de chispas del carbon que se perdian en la eampana como huyendo del soplo.

Al hacer la segunda calda, uua de los oficiales arrojó sobre el fierro mas arena de la necesaria, y el maestro dijo con aplomo:

—No *empanice*.

—El aprendiz entre tanto no perdia movimiento ni de

* El yunque.

jaba de retener en la memoria cada uno de aquellos términos estraños.

Al sonar las doce, los dos oficiales suspendieron el trabajo y se retiraron para almorzar.

El nuevo aprendiz permaneció de pie, esperando las órdenes del maestro, quien despues de contemplarlo le dijo:

—Te habrás cansado.

—No, maestro, y aun me considero con fuerza para manejar el macho.

—Tú?

—Sí, quiere vd. probarme?

—Ya lo veremos.

—Pues entonces sabes.

—Puedo ayudar á vd. á hacer una calda sin *empanizar* como el oficial.

—Tú eres herrero.

—Empiezo á serlo.

—A la tarde nos veremos, y si te aplicas, pronto ganarás dinero.

A las dos de la tarde no se presentó en la herrería sino uno solo de los dos oficiales.

—Pues el otro? preguntó el maestro.

—Pues por mas que le dije.....

—Qué?

—Pues siempre se lo agarraron á las tomadas y no quiso venir.

El aprendiz que habia llegado un cuarto de hora antes que el oficial, le dijo al maestro:

—Yo tomo el otro macho.

—Tú?

—Sí, maestro.

—Pero primero en frio.

—Y diciendo esto tomó una varilla y la apoyó en la cochina.

—Dale, dijo.

Y el aprendiz blandió el macho y con admirable tino majó.

—Sabrás entrar á tiempo? le preguntó el maestro.

—Por qué no, contestó el aprendiz.

—Este sabe, dijo el oficial.

—Vamos á ver, dijo el maestro atizando.

Procedieron á la operacion, y la nueva calda no tuvo que estrañar al oficial.

El trabajo no se interrumpió hasta las seis de la tarde, hora en que cansado el oficial, se despidió del maestro.

El aprendiz no estaba fatigado: por el contrario, rebozaba vida y parecia dispuesto á continuar.

—Cómo te llamas? le preguntó el maestro.

—Me llamo Gabriel.

—Con que te gusta el oficio?

—Sí, yo quiero ser artesano.

—Y por qué has preferido este oficio?

—Porque me gusta dominar el fierro, y porque veo que el hombre puede mas que el metal, supuesto que lo

funde y lo liga, lo forja, lo divide, y lo hace llorar lágrimas de fuego.

El maestro se quedó viendo á Gabriel con cierto asombro.

—Tú sabes leer.

—En qué lo conoce vd?

—En que eso que me dices es de libro, no es verdad?

—Es mio, pero bien puede estar en algun libro.

—Y sabes escribir?

—Sí sé.

—Y contar?

—Eso es muy fácil.

—Fácil..... tú crees que todo es fácil.

—Queriendo, sí, todo es fácil.

—Sácame esta cuenta.

—A ver.

... Me pagan á doce pesos quintal de fierro labrado, y á mí me cuesta á cuatro; voy á hacer tres rejas para el señor licenciado, que han de sacar trece varillas cada una y cinco atravesafios.

Gabriel habia tomado un carbon de la fragua, y escribia en la pared los números que iba oyendo.

—Cuánto pesa cada varilla?

—Cuatro libras.

—Y cada travesafio?

—Diez, cuánto gano?

—Entran tres quintales y seis libras.

—La jerré en las libras: Le quitaré de curaje á los travesafios.

—Entonces gana vd. veinticuatro pesos.

—Las rayas..... pensó el maestro, pues es verdad, tienes razon; tú me harás las cuentas, y mira, lleva á tu casa esa peseta por tu trabajo.

—Gracias, dijo Gabriel, y se despidió de su maestro. Así empezó Gabriel su oficio de cerrajero.

CAPITULO XXV.

LOS NEGOCIOS DE LOS AGENTES.

NECESITAMOS dar al lector algunas noticias acerca de la ruina de D. Santiago.

Muy poco tardó en convencerse el pobre anciano, que habia caido en una verdadera emboscada, y á partir del momento en que sospechó el fraude, no cesó en sus pesquisas é indagaciones hasta lograr poner el negocio en tela de juicio.

D. Santiago empezó á devorar lentamente su agonía en las antesalas y los juzgados, en los corredores y en el

Palacio de Justicia, entre la lenta y desesperante tramitación judicial, y la inercia de los empleados de justicia.

Cada paso en la causa era el movimiento de una sola molécula, con respecto á aquel todo gigantesco que se llamaba *causa*.

Quedábanle á D. Santiago escasísimos recursos que disminuían de día eu día, convirtiéndose en papel sellado, en sacar copias, firmas, informes y palabras. Quedábale también poca esperanza de reunirse con su dinero, y tomó la resolución de introducir notables economías en su género de vida.

Gabriel se educaba en una escuela gratuita, pero después buscó trabajo en las herrerías, de puerta en puerta: cuando lo consiguió, buscó su educación en una escuela nocturna para adultos, y ya había logrado llevar semanalmente una pequeña raya á D. Santiago, quien, como hemos dicho, no descansaba un momento en sus pesquisas y gestiones cerca de la justicia.

En cuanto á Estefanía, tuvo tiempo de ponerse en salvo, no sin escribir antes la siguiente carta:

Sr. D. José Zubieta.

C. de Vd., etc.

Muy señor mio:

Jamas hubiera ocurrido á vd. en ninguna de las tribulaciones de mi vida, á no ser en caso en que, obligada por mil circunstancias desgraciadas, no me quedara mas arbitrio que apelar á la caballerosidad de vd.

¿Se acuerda vd. de la temporada de San Angel? ¿recuerda vd. las circunstancias en que se encontraba hace catorce años? Yo sí me acuerdo perfectamente, estuvimos en el Cabrío varias mañanas. Recuerde vd. á aquella pobre mujer á quien vd. amó, recuerde vd. á su *pastora*, como vd. la llamaba, recuerde vd. lo que esa mujer lo amó, lo mucho que sufrió por vd., lo crédula que fué, y tendrá una idea de lo desgraciada que ha sido después.

Vd. lo sabe bien, tenía yo por desgracia una persona de quien dependía, y al sentir que era yo madre, vacilé entre revelar á vd. mi estado, y huir del lado de mi verdugo para vivir con vd. y con nuestro hijo, ó callar resignada para evitar las iras de mi verdugo odioso, iras que se hubieran descargado contra vd. á quien tanto amaba.

Preferí callar, contentándome con el recuerdo de nuestras pasadas dichas, y con acariciar á nombre de vd. y al mio, á mi pequeña Eloisa, á quien no ha querido vd. reconocer, pero á quien reconocen todos en la fisonomía.

Hoy me veo precisada á ausentarme de la capital por un cuidado de familia, y creo llegada la vez en que un padre generoso y bueno como lo es vd., ya que no supo ser amante agradecido, recoja el fruto de nuestro amor, y libre su porvenir quien es el autor de sus dias y de su suerte.

Adios, Zubieta, mañana espera á vd. su hija en la casa núm. de la calle de San Pedro y San Pablo.

ESTEFANIA

Cuando Zubieta leyó esta carta, recorrió con la velocidad de un telégrama una historia de catorce años de fecha, unida á la de aquella de su incitante curiosidad en saber quién éra Eloisa, curiosidad que lo habia metido, segun hemos visto, en otra historia no menos trascendental que la de Estefanía.

Zubieta hubiera querido tener delante á la autora de la carta, para decirle en sus bigotes que mentia, y que respecto á su supuesta paternidad, apelaba de la sentencia del superior, cuyo fallo consideraba injusto, temerario y difamatorio; pero todas estas razones y protestas, y mas que le hubieran ocurrido á Zubieta en caso dado, se estrellaban ante este inconveniente: la acusadora habia desaparecido y solo existia su supuesta hija, que como de catorce años, é hija de tal madre, en caso que de tal madre fuese, habia de ser lo mas lúdina que se conoce, y acaso no careceria de todo el desplante de su madre para decirle á Zubieta en sus bigotes:

—Vd. es mi papá.

—Yo padre de Eloisa! se decia Zubieta pensando en que la voz de la sangre no habia revelado nada á pesar de su curiosidad de aquella noche por saber quién era Eloisa.

Zubieta entró en cuentas consigo mismo, y siguiendo el método del Padre Ripalda, escudriñó la casa de su conciencia, buscando en los mas oscuros rincones, y no dejando traste que no levantara, ni mueble que no moviera, ni basura ni objeto que no analizara.

Este exámen, como de conciencia, no nos ha sido transmitido en sus detalles, que de buena gana quisiéramos conocer, y á esta omision debemos hoy no particípar á nuestros lectores sino el resultado de aquella estraña mirada retrospectiva de Zubieta.

El resultado fué este.

Eloisa no era hija de Zubieta.

En corroboracion de la rectitud de este juicio, véamos lo que pasaba en la casa de Estefanía el dia siguiente á aquel en que recibió el dinero de D. Santiago.

Llegó Sotomayor jadeante.

—Qué sucede? preguntó á Estefanía.

Y esta, con la misma vocesa dulce que le conocemos dijo:

—Vaya vd. á sacar dos boletos de la diligencia del Interior que sale mañana.

—Dos boletos!..... nos vamos?..... se vá vd?..... á dónde nos vamos?

—Se van, agregó Estefanía, el señor..... el Sr. Jimenez y su esposa.

—No lo conozco.

—Jimenez es vd.

—Y vd. mi esposa?

—Sí.

—Oh dicha! y digo.....

—Qué?

—Y las chicas?

—Las deajo.

- Cómo?
- A la grande con su padre.
- Quién es su padre?
- Zubieta.
- Es posible!
- No, no es posible, pero es creible.
- Poro él lo cree?
- Lo negará, pero acabará por confesarlo, ya alguna vez le ha llamado la atención Eloisa.
- Y la otra?
- La otra se va con D^a Pepita.
- Es tan urgente así la marcha?
- Mucho.
- Y la casa?
- Hay quien se quede aquí.
- Un hombre.
- No, una mujer; váya vd., por los boletos.
- Ya vuelvo, basta dónde vamos?
- A Guadalajara.
- Jimenez y señora?
- Sí.
- Hasta luego.

A eso de las nueve de la noche una mujer de siniestra catadura preguntaba en la cocina por D^a Estefanía, con quien á poco habló en secreto, y á las diez de la noche Sotomayor venia cargando una maleta de viaje.

A eso de las doce de la noche, la casa de Estefanía quedó sumergida en el mas completo silencio, debiendo

advertir, que las niñas de D^a Estefanía dormían á la sazón en otra de las viviendas de la casa.

A las tres de la mañana Sotomayor encendió una vela, y solo se oía ese ruido particular de la ropa, y esos pasos irregulares pero incesantes que revelan un preparativo.

—Ya? dijo Estefanía.

—Ya, contestó Sotomayor.

Y tomando éste las dos maletas echó á andar hácia el corredor seguido de Estefanía.

La casera habia de recibir en aquella madrugada su última propina, de manera que estaba lista.

Abrió, y salieron los viajeros diciendo solo estas palabras:

—Hasta mañana.

Sotomayor caminaba detrás de Estefanía, no poco embarazado con las dos maletas: anduvieron las calles de San Pedro y San Pablo, San Ildefonso, las del Relox y la de las Escalerillas.

Allí los detuvo el guarda al volver la esquina.

—Qué llevan? preguntó.

—Equipaje para la casa de Diligencias.

—A la Diputacion.

—No hombre, soy el coronel Jimenez, ya podias llevar esto.

—No puedo, estoy en mi puesto.

—Pues toma.

Sonó dinero, calló el guarda, y siguió Sotomayor andando.

Estefanía iba envuelta hasta los ojos, y en las silenciosas calles solo se oía el compasado rumor de los pasitos de Estefanía y el de los tacones del coronel, que no parecía muy acostumbrado á cargar maletas, porque descansaba y tomaba alinnto en cada esquina.

Recorrieron las calles de Tacuba, Vergara y el Teatro Principal, hasta llegar á la casa de Diligencias, en cuya calle aparecieron dos coches sin mulas todavía.

Sentáronse Salomé y Sotomayor en el dintel de una puerta, pero á poco rato salió un opaco reflejo de luz por la puerta de una de esas fonditas oscuras y misteriosas que hay en esa calle. Sotomayor mandó hacer chocolate y un momento despues lo tomaba en compañía de Estefanía que empezaba á hacer el papel de su señora desde aquel momento.

Se abrió sin ruido la puerta de la casa de Diligencias fueron llegando uno á uno los pasajeros de los dos carrajes que se detenian á las cercanías de los vehículos, como midienco cada quien la resistencia de sus huesos en la larga travesía que se veian obligados á hacer dentro de aquellos beneméritos cajones.

Estefanía y Sotomayor fueron los primeros en acomodarse.

Empezaron á sonar las cadenas de la covacha y de los tiros, y á oirse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y tronando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchss vecinos en un gran perimetro de la ciudad, para saber la hora que es.

CAPITULO XXVI.



EDIARON varias explicaciones entre Lola y D. Manuel, y entre D. Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para D. Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se habia reducido á una situacion todavía mas embarazosa que la primera.

Habia tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.